

ACTUALIDAD



Con la ministra de Trabajo, Kanda Siptey. A la izq., un niño tras comer la papilla contra la desnutrición. En la página siguiente, una pareja de hermanos.



Junto a Haoua Illiassou, directora de un proyecto de microcréditos. A la dcha., madre con gemelos.





NÍGER

EL AZOTE DEL HAMBRE

Es el país más pobre de la tierra. Y también en el que nacen más niños. Un milagro que se gesta en el vientre de las mujeres mientras con sus manos, desde el Gobierno, en distintas ONG o en la vida cotidiana, trabajan duro para construir un futuro y lograr la supervivencia de una sociedad en peligro de extinción por ese monstruo depredador. La periodista **Ana Pastor** lo cuenta para YO DONA.

FOTOS Ana Pastor/Simon Parker

Nunca verás a una mujer sentada en este lugar. La desoladora estampa se repite a lo largo de los cientos de kilómetros que atraviesan Níger, cuya extensión es cuatro veces España: hombres tumbados a la sombra, protegiéndose de los 45 grados, viendo la vida pasar, dejándola escapar. Tras ellos, siempre tras ellos, la verdadera fuerza viva: las mujeres. Esta es la historia de Haoua y de Kanda, las dos rompen cualquier tópico de mujer africana rural y analfabeta. Ellas decidieron no dejar pasar la vida y, sobre todo, no esperar la muerte sentadas al borde de la carretera.

Haoua Illiassou revela su fortaleza desde el saludo inicial. Níger tiene el mayor índice de natalidad del mundo, en algunas provincias 8,3 hijos de media. Un dato que permite comprender el desgarrar de muchas mujeres que deciden no poner nombres a sus niños cuando nacen, hasta que demuestren que son capaces de sobrevivir y cumplir sus primeros dos años. El que lo consigue posee una fuerza casi sobrenatural. En ello reside el límite entre la vida y la muerte. Los pequeños suelen pasar directamente de la leche materna a la comida adulta. Sin el necesario proceso de adap-

tación de cualquier bebé, muchos acaban falleciendo. Haoua pertenece a la etnia Peul Bororo y tiene sólo 38 años, una edad que en esta tierra olvidada bien podría significar 50 (la esperanza de vida es de 44,3 años). Las marcas que la vida le ha dejado no han hecho de ella una mujer dura, pero sí muy fuerte. Habla con un tono de voz bajo, sereno y casi imperceptible. Nuestro anfitrión, José Collado, sacerdote redentorista que lleva 30 años en Níger, la conoció en la gran hambruna de 1974. Entonces no levantaba un palmo del suelo y estaba esperando ayuda internacional en la localidad de Dogon-Douchi (la roca alta), acurrucada junto a su madre y un hermano menor. Esta no superó la durísima prueba a la que el África sahariana estaba siendo sometida. Haoua tuvo que hacerse cargo de su hermano, una responsabilidad parecida a la que ha tenido que asumir una y otra vez a lo largo de su vida, como la mayor parte de las mujeres nigerinas. Durante la conversación prefiere no detenerse demasiado en su pasado; cuando lo menciona, baja la mirada y entrelaza las manos sujetando el dolor y sus recuerdos. Tiene varias cicatrices vitales más que mostrarnos. Se casó con un musulmán que, varios años y cuatro hijos después, decidió poner en práctica la poligamia, lo que ►



De izq. a dcha., una madre pesa a su hija para saber si está desnutrida; adolescente discapacitado en una silla de ruedas.



suponía vivir una semana con cada una de sus familias. Haoua decidió no separarse hasta que sus hijos estuvieran criados. Hoy, dirige el proyecto de microcréditos de la ONG española Acoger y Compartir. Hablando de él su mirada cambia y su voz desprende orgullo africano. «Beneficia a 2.000 de nuestras mujeres e, indirectamente, a 14.000 personas.» Cifras de un proyecto de sólo 22.000 euros, que demuestra, una vez más, por qué las féminas pueden cambiar este país. Con los microcréditos, las tasas de morosidad son increíbles y ridículas, de apenas un tres por ciento mensual. Algunas beneficiarias tenían miedo de no poder devolver el dinero y empezaron pidiendo sumas inferiores a las previstas. «Ya se sabe, la inevitable capacidad previsor.»

Caminamos con José por las calles de Maradi y nos insta a fijarnos en el atuendo de dos mujeres muy jóvenes que andan juntas. Las chicas visten un velo rosa, sobre otras prendas negras que tapan su cuerpo hasta las rodillas. Él nos cuenta que el mismo color rosa en las prendas indica que pertenecen al mismo hombre. «Marcadas como animales», sentencia. José es sacerdote, pero también un hombre heterodoxo, todo un revolucionario dentro de la Iglesia. Influye, desde luego, el hecho de vivir en el país más pobre de la tierra y a cientos de kilómetros del Vaticano. Haoua es uno de sus fichajes estrella. Pertenece a la raza de la dignidad y ha nacido

en un país en el que también suceden hechos sorprendentes. Cuentan en Níger que, en las épocas de fuertes hambrunas, nacen bastantes bebés gemelos. Y no hay una explicación científica para este hecho. Ni razones genéticas o médicas. La naturaleza, de alguna manera, sabe que muchos niños morirán ese año por lo que exprime al máximo sus posibilidades de supervivencia. Y es curioso que varios de los poblados que hemos visitado ofrecen esa estampa de vida por duplicado. Un milagro laico en el país más pobre de la tierra que no todas las familias pueden contar, porque la tasa de mortalidad son brutales debido a la desnutrición. Nueve de cada 10 madres del África subsahariana perderán a un hijo. Todo en Níger posee esta incómoda y dolorosa intensidad. Al norte de Maradi está el desierto y las provincias de Agadez y Zinder. Son zonas casi despobladas en las que el hambre azota con ferocidad. En las peores épocas, muchos pastores nómadas han tenido incluso que elegir entre alimentar a sus hijos o al ganado. Una decisión que explican con pavorosa lógica: no hay comida para todos.

CUOTAS DE MUJERES EN EL PODER

La ministra de Trabajo de Níger, Kanda Siptey, es la segunda protagonista de esta historia. Su jefa de gabinete, su secretaria, incluso la mayor parte de los miembros de la seguridad también son mujeres. Sorprendentemente, el país más pobre del mundo tiene una ley de cuotas de hasta el 25 por ciento. Kanda ha cumplido ►

CUENTAN EN NÍGER QUE EN LAS ÉPOCAS DE HAMBRUNA NACEN MUCHOS BEBÉS GEMELOS. LA NATURALEZA MULTIPLICA ASÍ LAS POSIBILIDADES DE SUPERVIVENCIA.



La desnutrición se ceba con los más pequeños, como el niño de la imagen.

53 años y en su juventud ya apuntaba maneras de mujer fuerte y combativa. Algunos de sus vecinos la recuerdan cuando sólo era una adolescente lanzando tomates al presidente francés, George Pompidou, en su primera visita oficial a Níger. La ministra nos recibe tímidamente, pero rompe cualquier atisbo de frialdad con la risa que le produce recordar esa anécdota. Tiene tres hijos y es viuda. A pesar del puesto que hoy ocupa, la vida no ha sido fácil tampoco para ella. Frunce el ceño muchas veces durante la conversación. La primera vez para defender las cuotas. Dice que, de otra manera, ella no habría llegado al cargo actual.

La ministra repite una y otra vez un dato demoledor que describe la realidad de Níger. «Las mujeres de mi país trabajan 16 horas diarias. Los hombres, tres meses al año. Si esas 16 horas se capitalizaran financieramente, el resultado sería espectacular.» En el campo, ellas se encargan de todo: caminan dos kilómetros en busca de agua y leña, preparan el mijo, hacen la comida, se ocupan de la educación de los hijos, del marido y de los otros miembros de la familia, etc. La mayoría cultiva el huerto del marido y el suyo propio, visiblemente menor. El único trabajo que no hacen es el pastoreo, reservado a los hombres en un país con una gran comunidad nómada. Cuando llueve, algo poco habitual, algunas mujeres logran que el marido les entregue parte de las chufas. Pero en en Níger también las hay como Kanda, que dirige un equipo de 257 personas y 30.000 funcionarios. «En las esferas más elevadas del poder, incluso cuando ellas sólo ayudan al hombre, también tienen mucha y saludable influencia en las decisiones.»

LA SENSIBILIDAD FEMENINA

La ministra habla abiertamente de sus orígenes humildes. «A mi madre y a su generación le debemos todo lo que somos. Ahora las cosas están cambiando. Las mujeres han comenzado a acceder a la propiedad privada y ya no dependemos del marido.» Un buen síntoma en un país en el que el 52 por ciento de la población es de sexo femenino. «Somos mayoría», sentencia, y añade golpeando la mesa: «si las mujeres entran en los puestos de decisión y participan en la construcción del Estado, mejorarán las condiciones de vida de todos. Son más sensibles a la miseria, y estoy convencida de que las cosas cambiarán más rápido, en los países en desarrollo, en función del papel que tengamos.» Kanda cree que la mujer es más consciente o, mejor dicho, más receptiva. Por ejemplo, de los problemas de la familia. «Dedica su salario a mejorar la vida cotidiana de sus hijos, y se preocupa de ellos durante la etapa escolar. No

digo que los hombres no lo hagan, pero el éxito de los niños se debe más a la mujer.» Una comprende que ellas no son más sensibles a la miseria: es que están más cerca.

La ministra rompe algún otro tópico sobre lo masculino y lo femenino, especialmente en África. Dice, sonriendo, que ama el fútbol. «Soy fiel seguidora de la selección alemana», conocida por su fortaleza. «Pero también admiro la magia de Brasil y Argentina.»

Los últimos temas de la entrevista, a punto de terminar, los marca ella. Quiere hablar de otros retos, como la lucha contra el cambio climático: «El desierto avanza deprisa». O el paro: «Tenemos a muchos diplomados sin trabajo. A eso se le suma la dureza del clima, pues sólo llueve tres meses al año. El resto del tiempo la gente no tiene nada que hacer. Eso explica la emigración a las grandes ciudades desde el campo, a países cercanos como Costa de Marfil o Libia, y hacia Europa o Estados Unidos», puntualiza antes de despedirse con un apretón de manos y un *nagode* (gracias).

Acaba aquí el viaje a la intimidad de dos mujeres africanas cuyo retrato marca el presente y el futuro de Níger y de todo un continente. Alguien me dice durante el recorrido que África no tiene solución. Yo me niego a escucharlo. Aún más, me niego a pronunciarlo en voz alta. Mujeres como Haoua y Kanda me recuerdan que hay que dar protección a la esperanza, hay que blindarla, mantenerla y prestigiarla. **YO**